



DOS ENCUESTAS

(NOTAS LITERARIAS)

De todos conocidas las encuestas que, simultáneamente, han llevado a cabo «Índice» y «Pueblo», es difícil empeño el pretender sacar por cuenta propia conclusiones. La revista pregunta: «¿Qué autores son lectura habitual de Vd., y cuáles sus predilectos?» A lo que la clasificación parcial obtenida, hasta ahora, contesta: Unamuno, 26 puntos; Ortega, 25; Camus, 17; Cela, 15; Juan Ramón Jiménez, 14; Dostoiéwsky, 12; Marañón, 11; la Biblia, Azorín, Baroja, Cervantes, García Lorca y Sartre, 9; Huxley, 8; Bernanos, Graham Greene, Mann, Papini y Zweig, 7; Aranguren, Kafka, Laín, Marías, Machado, Platón, Shakespeare y Sastre, 5 ó 6. Siguen a estos últimos Buero, Caba, Américo Castro, Galdós, D'Ors, Quevedo, Valle-Inclán y Zubiri.

Por su parte, «Pueblo» ha preguntado a cierto número de lectores cualificados su opinión sobre los novelistas contemporáneos. También en esta encuesta, aunque dirigida a los lectores de novelas, han resultado notoriamente favorecidos Camus y Sartre. A continuación, Mosca, Cela, Carmen Laforet, Emilio Romero... No parece, pues, arriesgado establecer que interesan los escritores incómodos; los planteadores de problemas. Camus y Sartre, como Unamuno y Ortega, son disconformes; todos cuatro, también, acusadores, impugnadores de una sociedad defectuosa, no hecha a la medida del hombre, sino a la conveniencia de una mezcla de antiguos y modernos mitos económicos, políticos y culturales. Son los diagnosticadores de la gran crisis contemporánea; mejor dicho, de la angus-

tia del hombre contemporáneo, consciente de que se sigue debatiendo en una crisis que comenzó quizá en el momento mismo de la fundación de la primera comunidad política, aunque de ello no se tuviera conciencia colectiva y filosófica, sino a partir de J. I. Rousseau.

Los novelistas que gustan, según las encuestas, son también los incómodos; los que no rehuyen el fundamental descontento social del momento. De un descontento, entendámonos bien, que no cristaliza en aglutinaciones políticas. El hombre de la calle está, o cree estar, de vuelta de la política. No hay programas atractivos, y el descontento adopta multitud de formas individuales de menosprecio a las leyes y a las conveniencias. El hombre quiere vivir. El existencialismo, sistematizado por Sartre, es en realidad la postura vital de la mayoría de las creaciones literarias de los autores favoritos. Algunos teníamos, de antemano, curiosidad por conocer la acogida que el público español dispensaría a Sartre; aunque, conociendo la gran difusión y aplauso que había conseguido últimamente la obra de Unamuno, sospechábamos que la del francés iba ser bien acogida. Porque no en vano el español, bajo su pragmatismo conservador y su aparente respeto supersticioso por las instituciones y los formalismos, profesa íntimamente un nihilismo inofensivo e irónico que repugna toda acción conjuntada y toda sistematización comunitaria y positiva.

José PEDRAZA